MONARQUÍA

Todo gracias a aquel zapato que perdió cuando tuvo que irse del baile a toda prisa porque a las doce se acababa el hechizo, el vestido se volvía un harapo, la carroza dejaba de ser carroza y se convertía en calabaza, los caballos en ratones, etc.

Siempre la ha maravillado que solo a ella el zapato le calzase a la perfección, porque su pie (un 36) no es en absoluto inusual y otras chicas de la población deben de tener el mismo número. Todavía recuerda la expresión de asombro de sus dos hermanastras cuando vieron que era ella la que se casaba con el príncipe y (unos años después, cuando murieron los reyes) se convertía en la nueva reina.

El rey ha sido un marido atento y fogoso. Fue una vida de ensueño hasta que descubrió una mancha de carmín en la camisa real. El suelo se le hundió bajo los pies. El rey tiene una amante, no hay duda. Pero, ¿quién puede ser la amante de su marido? ¿Debe decirle que lo ha descubierto o bien disimular, como sabe que es tradición entre las reinas, en casos así, para no poner en peligro la institución monárquica?

Decide callar. También calla el día que el rey no llega a la alcoba real hasta las ocho de la mañana, con grandes ojeras y oliendo a mujer. En la habitación real, llora cada noche en silencio. Habría preferido no ir nunca a aquel baile, o que el zapato le hubiese valido a cualquier otra muchacha antes que a ella, o incluso que alguna de sus hermanas calzara el 36 en vez del 40 y 41, números demasiado grandes para una chica.

Decide avenirse a la tradición y no decirle al rey lo que ha descubierto. Actuará de forma sibilina. La noche siguiente, cuando tras la cena el rey se despide educadamente, ella lo sigue por los pasillos. El rey la precede con una antorcha. Finalmente se encierra en una habitación y ella se queda en el pasillo, a oscuras. Pronto oye voces. La de su marido, sin duda. Y la risa gallinácea de una mujer. Pero superpuesta a esa risa oye también la de otra mujer. ¿Está con dos? Poco a poco, procurando no hacer ruido, entrebre la puerta. La luz de los candelabros proyecta en las paredes las sombras de tres cuerpos en la cama. Le gustaría levantarse para ver quién está allí, porque las risas y los susurros no le permiten identificar a las mujeres. Desde donde está, echada en el suelo, no puede ver casi nada más; sólo, a los pies de la cama, tirados de cualquier manera, los zapatos de su marido y dos pares de zapatos de mujer, de tacón altísimo, unos negros del 40 y otros rojos del 41.

Quim Monzó, *El porqué de las cosas* (texto adaptado)